

bía servir de signo de reconocimiento entre éste y el comisionado.

El Jefe de Hacienda proporcionó unos setecientos pesos, cantidad suficiente, según se creyó, y García encontró al hombre que se necesitaba, dadas sus condiciones de valor, lealtad y conocimientos militares, y provisto de libranzas y del anillo penetró á Tlacotalpam, como comerciante que burlaba la vigilancia de los centinelas republicanos, yendo á alojarse en el hotel donde lo estaban el Comandante principal y el mismo Mayor Echagaray.

Quince minutos después de su llegada, se le presentó un ayudante de la plaza intimándole la orden de seguirlo ante la presencia del Coronel Camacho. No dejó de sobresaltarse el ánimo del comisionado con tan intempestiva como inesperada orden; pero hombre de resolución y de sangre fría, se presentó á la autoridad que lo llamaba. Por fortuna, ambos eran antiguos conocidos, y mediante las explicaciones dadas por el fingido comerciante pareció quedar satisfecho, remitiéndolo á la presencia del Mayor de plaza.

No podía venir más á propósito la entrevista del Comisionado con aquel á quien precisamente le interesaba ver; pero el resultado fué lo más contrario á la comisión que iba á desempeñar. En vano fué que disimuladamente mostrara el anillo que llevaba puesto en el dedo indicado. Echagaray no se daba por entendido, ni menos sacaba á lucir el que él debía poseer, exactamente igual, según el aviso del Coronel Terán. Tras un momento de vacilación, y después de las formalidades del recibimiento, Echagaray invitó al Comisionado para dar un paseo, y una vez fuera del alojamiento y alejados de las gentes, tuvieron ambos una franca explicación. Aquél manifestó que nada podía hacerse ya de lo convenido, en virtud de que hacía muy pocos días que en cumplimiento de una orden superior había entregado la Mayoría del cuerpo á otro jefe que llegó de Veracruz, quedando él sin mando alguno en el batallón que debía iniciar la contrarrevolución, y por úl-

timo, que habían sido relevados también algunos oficiales subalternos comprometidos en el asunto, no presentando, por consiguiente, buen éxito el movimiento antes combinado.

El Comisionado republicano, después de permanecer veinticuatro horas en Tlacotalpam, tanto para no hacerse sospechoso, cuanto para tomar otra clase de informes de los amigos que allí había, regresó al campo de Amatlán, habiendo encontrado á medio camino al General García, quien, alarmado por su prolongada ausencia, se había adelantado para obtener noticias de los vecinos que transitaban por aquella vía.

Por su parte, también los imperialistas trataban de atraerse á sus filas á algunos jefes y oficiales republicanos sin obtener nunca el resultado que deseaban. El Comisario Imperial, que tenía noticia de que alguno de los primeros penetraba en la plaza durante la noche, burlando la vigilancia de los centinelas, debido al conocimiento que tenía del terreno, hizo de modo que le llegara una invitación amigable y fraternal para que lo viera en su propio alojamiento: el Jefe republicano no la rehusó, pues á su vez trataba de atraerse al Comisario, antiguo guerrillero liberal, que al principio de la campaña prestó muy buenos servicios. La entrevista tuvo lugar, pero sin resultado: ni promesas, ni consejos: todo fué infructuoso, y el Jefe republicano tornó á su campamento, no sin haber corrido un peligro que no esperaba, y del que escapó porque tuvo por contrario á un caballero.<sup>1</sup>

1 El oficial superior de que se trata penetraba efectivamente á Tlacotalpam algunas noches, con el objeto de ir á ver á su prometida. Cuando recibió la invitación del Comisario Imperial, de quien era antiguo amigo, se dirigió al hotel y entró precipitadamente en uno de los cuartos, creyendo que era el que se le había indicado: no era así, había equivocado el número y entró en el de Figuerero. Este, al ver á un desconocido entrar violentamente, se puso de pie y echó mano á la pistola: aquél, aunque sorprendido, como no le quedaba otro recurso, amartilló también la que llevaba bajo la blusa. Por fortuna Figuerero, que aparte sus ideas políticas era todo un caballero, reconoció al recién llegado; y como estaba en el secreto, le pidió mil perdones y lo acompañó al

## VI

Así las cosas, comenzaron los preparativos en el campo republicano para abrir definitivamente la campaña sobre Tlacotalpam.

Haré algunas explicaciones que juzgo necesarias, aun á trueque de repetir algo de lo ya dicho.

El inexplicable abandono del "Callejón del Fraile" fué causa de que nuestras fuerzas se desanimaran de una manera lamentable, yendo unas á Tesechoacam, y otras, pasando el río, á la hacienda del "Huracán;" y que las que mandaba el Teniente Coronel Zamudio quedaran cortadas del resto de las demás fuerzas. Algún tiempo después de permanecer en Aculla se reunieron al General García; y reocupado Cosamaloápam y concentradas todas las fuerzas, se establecieron en Amatlán. Fué entonces cuando Zamudio, haciéndose cargo de las que tenía á sus órdenes D. Zeferino Dakin, comenzó sus operaciones sobre Tlacotalpam, en combinación con las del Capitán Ortiz, operaciones reducidas, como se ha dicho, á hostilizar á aquella guarnición, sobre todo durante la noche, teniendo algunos pequeños encuentros con el enemigo, que no se aventuraba demasiado lejos de su base de operaciones. Los imperialistas comenzaron á dudar á su vez del éxito de la campaña y la desmoralización se introdujo en sus filas, hasta que fueron reforzados con unos doscientos misantecos, que llegaron en momentos difíciles, pero con oportunidad.

Al campo republicano había llegado ya el Coronel D. Luis Mier y Terán para entrar de nuevo en campaña; y traslada-

alojamiento del Comisario Imperial, permaneciendo en el corredor hasta que terminó la conferencia. Al salir, tomándolo amigablemente del brazo, y acompañándolo á la puerta que conduce al río:

—No vuelva vd. más—le dijo—porque corre vd. peligro. Ya he mandado su caballo á..... y vd. se va á marchar en esta canoa que he dispuesto hasta ese lugar, pues no conviene que se vaya por tierra. Aquí tiene vd. enemigos particulares.

do aquél á "San Jerónimo," comenzaron á reunirse todos los elementos necesarios para un asalto, fijándose de antemano el día 8 de Agosto para hacer un reconocimiento general á la plaza, y el día 10 para emprender el ataque.

Estudióse con todo detenimiento el plan propuesto por el General Benavides, aprobándose después de discutido en una Junta de oficiales superiores, y quedaron nombradas las columnas al mando de los jefes Larrañaga, Ariza, Díaz Lagos y Alvarez Markoe, teniendo por segundos á otros jefes de buena y bien sentada reputación militar. La de caballería compuesta de las compañías de Dakin, Lili, Vela y Jiménez quedó al mando de Gómez. No se disponía de un solo cañón que valiera la pena, y esto ya era una desgracia, pues el enemigo contaba con dos excelentes obuses de bronce. Los pequeños vapores de río "Alejandro" y "Aurora," fueron equipados y armados en guerra, formándoles con pacas de algodón una especie de mura para resguardar á los tiradores de infantería que debían embarcarse en ellos, y montando á proa los dos pedreros que poseíamos desde el principio de la campaña. Nuestra escuadrilla—como ampulosamente se le llamaba—quedó á las órdenes del Teniente Coronel Zamudio, entendido marino, como ya he dicho, y competente para el efecto á que se dispusieron ambas pequeñas embarcaciones.

El enemigo, por su parte, no dormía. Presintiendo y previendo un ataque, concentró su línea de defensa en un perímetro comprendido entre la Plaza de armas, como centro, y una calle inmediata á cada viento. En el Palacio Municipal acumuló todo el parque, una gran cantidad de granadas de mano y el armamento sobrante, que no era escaso, dado el número de bajas que había tenido de tiempo atrás: los enfermos que no podían ir á las trincheras, pero que estaban útiles para hacer fuego, cubrieron este punto. A espaldas de las casas que dan frente al río y terminan las construcciones, situó la caballería, y las torres de la Parroquia y de la iglesia en obra fueron cubiertas con tiradores franceses y parte del

8º de infantería. Los misantecos eran la reserva, y el hospital de sangre quedó constituido en el mismo Palacio Municipal. Los dos obuses se establecieron bajo el cobertizo que servía de astillero, frente al río.

La población estaba como suspensa, y algunas familias se habían marchado á Veracruz en los buques de guerra, por invitación del mismo jefe de la plaza y de acuerdo con los Comandantes de aquellos, que habían recibido orden para retirarse, á fin de transportar la segunda columna del ejército francés de ocupación, que regresaba á su país en virtud de la felonía que Napoleon III hizo á su víctima Maximiliano de Hapsburgo, y de la actitud asumida y reclamaciones hechas por el Gabinete de la Casa Blanca.

Se presentía un desenlace próximo y una catástrofe á la vez; y desde cuatro ó cinco días antes, apenas se obscurecía, no se veía un solo transeunte en las calles: no había un solo farol que las alumbrara, y aquella obscuridad, de suyo tenebrosa, hacía más lúgubre el aspecto que en las noches tomaba. Unicamente se oían el acompasado paso de las patrullas, ya de infantería, ya de caballería, el ¡centinela, alerta! de los que cubrían las trincheras, torres y cuarteles, y algún tiro que se disparaba, muchas veces por equívoco. Se temía que los republicanos se aproximaran cuando menos se esperase.

Durante el día se formaban aquí y allá pequeños corrillos, donde se hablaba y se comentaba hasta lo más insignificante que pareciera tener relación con los acontecimientos que se esperaban, ó se esparcían las más absurdas y ridículas noticias, pero siempre en voz baja, porque aquella autoridad se había vuelto recelosa y desconfiada, y por temor de ser escuchados por los malos mexicanos, que eran los más encarnizados enemigos de los republicanos, y se constituían en denunciantes de sus mismos coterráneos.

El Capitán Ortiz continuaba manteniendo la alarma en la población, no obstante que en una vez tuvo un herido por casco de granada dirigida desde la plaza.

Al fin llegó el día 8 de Agosto, y con él el reconocimiento de la plaza.

## VII

Página brillante para la historia militar de aquel pequeño cuerpo de ejército republicano habría sido el reconocimiento verificado sobre la plaza de Tlacotalpam en la noche del 8 de Agosto de 1866, si un acto tan impremeditado é imprudente, como inconcebible y atentatorio, no sólo al derecho de gentes sino al fuero de la guerra y á la disciplina militar, no hubiera echado un borrón y preparado un desenlace desastroso y fatal para las operaciones ulteriores.

En efecto: ciento cincuenta hombres escogidos de entre las tropas, con la dotación de oficiales correspondientes y con los jefes de columna que debían estudiar sobre el terreno, el camino que seguirían en el asalto, penetraron á la ciudad sitiada, atravesando "el Cabezo" por distintos puntos á la vez. El General en Jefe, con su escolta, su segundo y el Estado Mayor, penetraron también; y todos, con el mayor sigilo y el silencio más absoluto, fueron formando una extensa línea que circundó la población, desde la calle de la Sabana, apoyándose en la tenería "de Troncoso," hasta rebasar la plazuela que está en la prolongación de la misma calle, al Norte, donde se hallaba establecida la última trinchera del enemigo. Luego, oficiales y tropa, marchando á su frente, reconocieron los referidos parapetos, tocando algunos con sus propias manos, pues había suficiente número de defensores para cubrirlas todas; y cuando esta operación se hubo llevado á cabo, con tan feliz éxito, debido al valor y á la resolución de unos y otros, los republicanos volvieron á sus puestos para continuar el reconocimiento. Los jefes principales, los de columna y los oficiales ayudantes, reconocieron á su vez el terreno, y después, concentrando la línea, se formó una menos extensa, pero más compacta, cuyo frente abrazaba las bocacalles de las manzanas céntricas de la ciudad.

El reconocimiento había terminado con toda felicidad, y el enemigo no había sentido nada: centinelas, patrullas, avanzadas, todos ignoraban el importante movimiento que en aquellos momentos venían efectuando los republicanos. La retirada debía efectuarse en el mismo orden que se había verificado la entrada.

No fué así.

Repentinamente, un nutrido fuego de fusilería parte de las filas republicanas, dirigido hacia las torres y trincheras, sin orden ni fijeza, puesto que la obscuridad era por demás densa, y muchos proyectiles fueron á introducir el espanto en las familias, penetrando á través de las maderas, por puertas y ventanas, en el interior de las habitaciones.

Esta fué la señal dada al enemigo, y los defensores de la plaza respondieron desde luego, aunque con el mismo mal éxito: una fuerza de caballería se aprestó á salir para hacer un reconocimiento á su vez; pero ni á esta fuerza, ni á los tiradores franceses que desde luego coronaron las alturas, hubiera sido fácil atacar á los republicanos, si en tales momentos no se hubieran denunciado á sí mismos.

Una llama, débil al principio, creciente luego, y terrible en seguida, apareció en el techo de una casa inmediata al puesto que ocupaba la escolta del General en Jefe, haciendo terrible presa en sus muros de madera y techo de palmas. Quién ordenó acto tan bárbaro é inicuo, y quién lo llevó á efecto, en medio de la obscuridad de la noche; cómo se produjo aquel incendio, cuestión es que no se pudo ó no se quiso averiguar, ni entonces ni después. Quiénes lo achacaban á una orden del mismo General García, dizque para *alumbrar* el camino á la tropa; quiénes, que fué un acto de la espontánea voluntad de uno de los soldados de la escolta, quien arrojó encendida una cajilla de fósforos sobre el techo de la casa; quiénes, por último, y esto es lo que debe creerse en obsequio del buen nombre de aquellos bravos soldados, que el incendio se produjo por haber caído sobre el techo el taco en-

cendido de uno de los disparos. Como quiera que sea, el resultado fué que el enemigo tuvo ya luz y claridad suficientes para tirotear con ventaja á los republicanos, los cuales huían á la desbandada para salir de aquella especie de hornalla en que se había convertido la manzana entera. El viento Sur, que en esos momentos comenzó á soplar con bastante fuerza, propagó el incendio rápidamente á lo largo del viento, y en menos de un cuarto de hora eran presa de las llamas más de setenta casas.

Era imponente, á la vez que terrible, el espectáculo. Inmensos trozos de zacate incendiado cruzaban el espacio en alas del Sur, á largas distancias, propagando el voraz elemento; y entre la negra y espesa humareda, y lo rojizo de las llamas, veíanse discurrir hombres, mujeres y niños que habían sido sorprendidos dentro de sus tranquilos hogares, y que huían despavoridos sin darse cuenta de lo que pasaba. Había algo de terriblemente fantástico, que se acentuaba más por el rojizo tinte que le daba el color de las llamas.

Era la una de la madrugada y el incendio no se sofocaba, pues no había nadie que acudiera á intentar siquiera apagarlo, debido á que los feroces sicarios del Imperio, particularmente los franceses reenganchados, disparaban desde las alturas donde quiera que divisaban el bulto de cualquiera que atravesaba la zona incendiada.

Los republicanos, esparcidos y cubriéndose con las mismas casas incendiadas, pudieron ponerse en salvo, pereciendo desgraciadamente dos sargentos y un oficial: un sargento de granaderos del batallón "Zaragoza" fué lazado y arrastrado á cabeza de silla hasta la plaza principal, hecho una masa informe, por un español, antiguo contraguerrillero de Dupin: esto basta para no detenerme en hacer su calificación. Sus mismos compañeros vieron con horror á aquel bandido, y sólo un Subteniente del 8º de infantería presenció impávido tan repugnante como nauseabundo espectáculo. Era uno de tantos aventureros extranjeros que vinieron al país bajo la bande-

ra regeneradora de Francia, en pos de fortuna, á costa de la vida, porvenir é intereses del pueblo mexicano: antiguo *tachero* en su patria, Basilicata en Italia, dejó cazos y sartenes para empuñar la espada del filibustero.

El otro sargento, fué víctima de su acendrado cariño al joven Capitán D. José María Iglesias. Francés de nacimiento, hacía dos años que se había incorporado á nuestras fuerzas, y dado de alta en el "2º Activo;" sirvió con tanta lealtad como inteligencia.

El Capitán Iglesias era un joven de 23 años de edad, que, siendo Subteniente del "2º Activo de México" cuando apenas contaba 16, fué uno de los héroes en el memorable sitio de Perote en 1859, siendo Gobernador de aquella fortaleza el General D. Anastasio Trejo. La historia ha consignado que este denodado jefe con una escasísima fuerza, macilenta, escuálida y hambrienta, después de más de tres meses de tenerlo rigurosamente cercado el General reaccionario D. Miguel M<sup>a</sup> Echagaray, rompió valerosamente el sitio, forzando la línea para incorporarse á los defensores de Veracruz.

Al emprender la retirada el simpático Capitán un proyectil, partido de la torre de la Parroquia, lo hizo rodar en tierra, cayendo sin exhalar una queja: la bala le había partido el corazón. El sargento, que lo amaba cual si fuera su hijo, al verlo caer ensangrentado y espirante, lanza un rugido de dolor y de desesperación, abandona su puesto, de un salto se pone al lado del ya cadáver de Iglesias, se agacha, lo recoge, y al levantarse irguiendo su elevada estatura, con el pobre joven entre sus brazos, dos balas lo alcanzan en mitad del pecho, y cae también para no levantarse más.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> El Capitán D. José María Iglesias era sobrino del intransigente liberal y reformista, y sabio jurisconsulto de su mismo nombre y apellido, que fué Ministro durante las administraciones de los Sres. Juárez y Lerdo de Tejada. De carácter siempre alegre y decididor, y de aspecto jovial, franco y simpático, era muy querido no sólo de sus jefes y de sus compañeros, sino de cuantos lo conocían: sus soldados lo adoraban: Habíase notado que en las diversas veces que

## VIII

En la mañana del día 9 una nueva reunión de la Junta de Guerra acabó de hacer el último estudio del plan de ataque, dado que el reconocimiento había sido satisfactorio, y proporcionado el medio para perfeccionarlo. Durante el resto del día se dieron las órdenes conducentes, y á las seis de la tarde cada quien ocupaba el puesto que le fué señalado para emprender la marcha en las primeras horas del día siguiente. El "Alejandro" y la "Aurora" embarcaron la dotación de infantería que á cada uno se destinó, la de artilleros para los dos pedreros que montaban, y la tripulación correspondiente.

La noche se pasó tranquila; con esa tranquilidad que precede á los grandes acontecimientos que se han preparado, en los que cada uno de los que deben tomar parte en ellos, se recoge en sí mismo para entregarse á la contemplación del pasado, la meditación del presente y el presentimiento del porvenir.

El plan adoptado era sencillo en su combinación y fácil en su desarrollo, toda vez que no se trataba de asaltar una gran ciudad, defendida en toda su extensión, ni resguardada por inexpugnables murallas. Oportunidad en las órdenes para evitar todo retardo que sería perjudicial, y precisión en el modo de observarlas para llegar al resultado con el éxito que se deseaba: esto era todo lo que se requería.

Y esto fué precisamente lo que faltó en cuanto á las primeras, siendo la principal falta que se cometió y que causó un disgusto general, la de haber entregado el mando, á úl-

entró en acción, en los momentos supremos, no sólo conservaba su sangre fría, sino que parecía más alegre y contento; pero en la tarde del día 8 de Agosto, contra lo que todos se esperaban, se le vió taciturno, retraído, preocupado y triste. El sargento francés le interrogó cariñosamente en su propio idioma, que "¿qué tenía?"

—Nada,—contestó Iglesias exhalando un profundo suspiro—pero es la última vez que mandaré mi compañía.

tima hora, el General en Jefe á su segundo, alejándose del teatro de las operaciones, y dando lugar á murmuraciones relativas á asuntos de la propia naturaleza, ya olvidados. El amor propio y la vanidad, ingénitos en el General Benavides quedaron altamente satisfechos, dándose anticipadamente la gloria de ceñirse los laureles del vencedor. El General García, preciso es decirlo, se rebajó demasiado, reservándose un puesto por demás secundario y sin importancia al trasladarse al vapor "Aurora," en compañía del Coronel Terán, y donde además no tenía mando alguno, pues sabido es que en un buque de guerra (y como tal se reputaban entonces los dos vaporcitos mercantes) no hay más voz de mando que la de su Comandante. Terán iba bien allí, y en su calidad de parlamentario llevaba al efecto los pliegos necesarios, sin que llegara entonces á cumplir su comisión por efecto de las emergencias que surgieron desde el principio del ataque.

## IX

El ataque fué rudo, impetuoso y violento, pero se había retardado demasiado: eran más de las seis de la mañana cuando los vaporcitos aparecieron frente á Tlacotalpam, á media máquina porque iban á favor de la corriente, y ésta era impetuosa á causa de estar crecido el río.

El Coronel Camacho, defensor de la plaza, hombre perspicaz, sereno y valiente, hizo situar desde luego sus dos obuses sobre la ribera. El "Alejandro" desalojó con facilidad á algunos soldados del enemigo, que estaban apostados fuera de trincheras para hostilizar á los republicanos en su avance, y comenzó á recorrer el río haciendo fuego, y siguiéndolo el "Aurora," en el cual se encontraban García y Terán.

Los obuses abrieron sus fuegos contra los dos vapores, y por desgracia, y de pura casualidad, una de las granadas, cayendo sobre la cubierta del "Alejandro," destruyó el tubo conductor de la máquina, quedando en el acto flotante como

una boya. El proyectil mató al maquinista, é hirió á varios soldados y tripulantes, y fué tal el pánico que se introdujo á bordo de las dos embarcaciones, que no sólo gente de la primera, sino aun el mismo García, á riesgo de ahogarse y no obstante que se encontraba en la segunda, se arrojaron al agua, temerosos de una explosión.

Entre Zamudio y Terán sacaron á aquellos hombres, desembarcando á García en la ribera opuesta, donde el Capitán Ortiz le proporcionó un caballo para ir á incorporarse á las fuerzas que ya maniobraban dentro de la plaza. Empero esto demandó demasiado tiempo para realizarse, y dió lugar esta tardanza á los funestos resultados que tuvo el asalto. Los heridos fueron desembarcados también en "Santa Rita;" y aunque el "Aurora" quiso remolcar al "Alejandro," remontando el río, no le fué posible, pues tenía que ir contra la corriente. Zamudio se decidió entonces á bajar hasta "Conejo," afrontando el fuego de los obuses, cuyos disparos ningún daño volvieron á hacer á los vapores, y una vez allí, dió la vuelta por la laguna de "Las Puercas" hasta llegar á la hacienda de "San Isidoro," donde se pudo proporcionar lo muy necesario para medio componer el tubo roto. Al día siguiente regresó por "El Zapotal" á "Mata de Caña," pasando por frente á Tlacotalpam, con cuya guarnición se cambiaron algunos tiros sin resultado.

Tal fué el papel que desempeñaron en el asalto los dos vapores armados en guerra.

Veamos lo que entretanto pasaba en tierra.

## X

Desalojadas las avanzadas del enemigo que habían tomado posiciones cerca del "Puente García," apareció la sección de caballería que mandaba Jiménez, sobre la cual rompieron los fuegos los tiradores apostados en la torre de la Parroquia. El arrogante caballo que montaba aquel jefe recibió una ba-

la en medio de la frente, y se desplomó pesadamente arrastrando consigo al ginete. Jiménez se desembaraza del espirante animal, pide otro caballo que embrida y ensilla personalmente, monta, da la voz de mando, y la sección atraviesa el puente, entre una granizada de balas: penetra en la avenida, y acaba de barrer el terreno, poniendo en fuga á algunos infantes del enemigo que intentaron detenerlo, situándose luego convenientemente para poder apoyar el avance de las columnas de infantería.

Aparece la primera en el acto, yendo á su frente el intrépido Pablo Díaz Lagos, y algo más á retaguardia el Capitán que mandaba la primera mitad. La columna avanza al paso veloz, y súbitamente oscila y se detiene un momento: era que otro proyectil acababa de hacer caer en tierra mortalmente herido al Capitán. La columna vacila porque el fuego es terrible, mortífero; pero Díaz Lagos, trémulo de soberbia y de emoción, ardiente la mirada y firme la voz, ¡adelante!—grita alzando la espada—y la columna pasa á su vez el puente, dejando tras sí algunos heridos y muertos que son recogidos inmediatamente por la Ambulancia.

En estos momentos acaecía el fracaso del "Alejandro," sin que nadie se apercibiera de ello.

La segunda y tercera columnas se descubren para franquear á su vez el puente; y en tanto que tiradores destacados de la primera, comienzan á contener los fuegos de la torre, el denodado Coronel Manuel Larrañaga, al frente de la tercera, y el bravo, el indómito Teniente Coronel Manuel Ariza que comandaba la segunda, atraviesan el peligroso puente, no sin dejar tendidos en tierra á algunos de sus compañeros, que no debían ver el término de la jornada.

Comienza el desfile de las columnas para tomar posiciones alrededor de la plaza, y mientras, la heroica compañía de granaderos de "Zaragoza," la mitad de su fuerza con el fusil á la espalda y la herramienta de zapa en la mano, y la otra mitad con el arma embrazada, franquea el terrible paso y co-

mienza las horadaciones en la línea que se le ha señalado: el resto del batallón, con el impasible Emilio Alvarez Markoe á la cabeza, logra también situarse como reserva tras el caserío que da frente al río; y por último, el mismo General Benavides, sereno y tranquilo, con dos oficiales de su Estado Mayor, establece su Cuartel general á pocos pasos del funesto puente.

Ya en estas operaciones, puramente preliminares, teníamos una baja de más de cuarenta hombres.

El Jefe enemigo no ha perdido el tiempo. Sagaz y conocedor del arte de la guerra le ha bastado observar los movimientos de nuestros soldados para comprender sus designios, y afirmarse en la idea que se había formado desde la noche del reconocimiento; y aprovechando los momentos que las columnas han perdido antes de penetrar á la ciudad, hizo que la mitad de su caballería, que de momento le era inútil, pie á tierra, cubriera las pequeñas trincheras situadas al Norte; y que la otra mitad, saliendo sigilosamente por la poterna de la que enfilaba la calle de la Sabana, se situara en ésta, y avanzara hasta encontrar á los republicanos para tratar de dispersar las columnas antes de entrar en el punto preciso de ataque. Los obuses, del todo inútiles ya frente al río, fueron á aumentar la defensa de las trincheras que cerraban las calles del Relox y de la Candelaria, desde donde, además, podían ocurrir á cualquier otro punto si era necesario.

Eran cerca de las ocho de la mañana cuando las medias columnas de la derecha, lanzando sus tiradores al frente, comenzaron á avanzar resueltamente para simular un falso ataque, en tanto que las de la izquierda, convenientemente escalonadas y con un oficial de Estado Mayor al lado de sus jefes respectivos, se dirigían á ocupar la calle de la Sabana para voltear la posición según estaba ordenado.

Benavides, desprendiéndose de sus ayudantes, los envía con diversas órdenes para los jefes de la caballería que debía proteger el movimiento envolvente de las columnas en